



Señales de humo

RAFAEL REIG

Ed. Tusquets, 2016, 384 páginas, 19,50 euros

Cumpliría el cometido de un libro de texto, pero lo rechazaría con espanto la autoridad educativa competente

són y Carrasco: el bachiller que vuelve a don Quijote a su aldea solo cuando juega al mismo juego que Quijano, a ser caballero andante). Dice por ejemplo: "He sido demasiados hombres, he estado unido a tantos sistemas nerviosos a través de los siglos. Fui esclavo y vi el cadáver de Julio César, a los pies de la estatua de Pompeyo; asistí al asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando y su mujer, Sophie Chotek,

bellísima aunque estuviera embarazada. En el patio de la cárcel Modelo, he sido Galdós y contemplé en 1890 la ejecución a garrote vil de Higinia Balaguer, la asesina del crimen de Fuencarral (...). Fui Antón Sánchez, fui Dom Nicolas y conocí a François Villon (...). También traté a don Marcelino Menéndez y Pelayo, a Petrarca y a Homero". Y nos propone una manera de leer: "Petrarca leía con pasión, discutiendo con el autor (a veces por escrito, en los márgenes), charlando con él, apropiándose del libro por completo". Todo dirigido a esa "gente del porvenir", como llama a sus alumnos o a los lectores, porque "así es cómo comienza siempre una buena aventura. El lector salta por la ventana, hacia la oscuridad, sin mirar atrás: un amigo le está esperando, dentro del libro".

Y mientras da palo aquí, explicación allá (muy correcta y pausada la biografía cervantina y su mano a mano con Lope), abomina Reig de los "intelectuales", como es costumbre: "Un momento. ¿Leyendo? ¡Por favor! Estamos en presencia de un intelectual, así que había estado 'relegendi': un intelectual sólo releo. Leer algo por primera vez es lo característico de alguien que trabaja en un taller de chapa y pintura; una experiencia tan ajena a los hábitos de un intelectual como rellenar quinielas o remendar calcetines". Magnífico tratado, del que espero la segunda edición, aunque solo sea para corregir la triste errata de la página 177, ay.

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Arte e insatisfacción en el debut de Peyrou en la novela

Poeta, cuentista y traductor de reconocida solvencia, **Mariano Peyrou**, nacido en

Buenos Aires y trasterado a España en 1976, cuando apenas contaba cinco años, se estrena en la novela con este **De los otros**, que está siendo objeto de inmejorable acogida crítica. Al cabo de unas pocas líneas, el lector comprenderá que Peyrou no le va a contar una historia banal. En primer lugar, porque no está dispuesto a escribir como si el siglo XX no hubiera quebrado y requebrado los modos de interpelar al lector. En segundo lugar, porque el arte, la excelencia, la mediocridad, la insatisfacción de quien logra construir su carrera creativa y a la vez se condena a ser seguido sólo por una élite son líneas maestras que alimentan una narración ensimismada y a la vez coral. **De los otros**, inervada por el humor y vivificada por ágiles diálogos, transcurre en el fin de semana que el protagonista, un compositor de música contemporánea, pasa en una casa de campo en compañía de su pareja del momento, amigos y visitantes. Una inteligente reflexión sobre los misterios del arte y la identidad.



De los otros

MARIANO PEYROU

Sexto Piso
214 páginas
17 euros



El extraño caso de la isla Panorama

EDOGAWA RAMPO

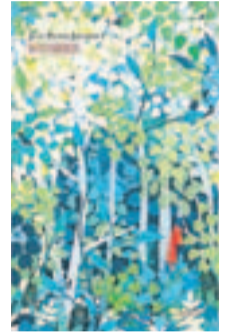
Trad. de Yoko Ogihara y Fernando Cordobés
Satori, 162 pág., 17 euros



Manhattan 45

JAN MORRIS

Traducción de Esther Cruz
Gallo Nero
272 páginas
20 euros



Mogens

JENS PETER

JACOBSEN
Traducción de Blanca Ortiz
Ardicia, 102 páginas
14,90 euros

Una cumbre de la literatura japonesa de misterio y crimen

Saber que **Edogawa Rampo**, pseudónimo de **Hirai Taro** (1894-1965), es nombre que resulta de pronunciar **Edgar Allan Poe** al modo nipón ofrece una pista inequívoca para orientarse sobre **El extraño caso de la isla Panorama**. En los años previos a la II Guerra Mundial, Rampo, también influido por **Conan Doyle** y **Maurice Leblanc**, fue el más sobresaliente de los escritores japoneses de crimen y misterio, género al que dotó de innegable profundidad psicológica. Así pues, los aficionados que deseen ampliar el árbol de sus lecturas tienen ahora inmejorable ocasión gracias a la historia del oscuro Hirotsuke Hitomi, un escritor cuyas ansias de edificar una obra grandiosa se ven alicortadas una y otra vez por la realidad de sus mediocres realizaciones. Un curioso azar pondrá, sin embargo, a su disposición una inmensa fortuna gracias a la cual podrá remedar al Creador y dar vida a una perversa utopía. Pero junto con el dinero recibirá, además, una imprevisible simiente de destrucción encarnada en un cuerpo de mujer...

El apogeo de la Gran Manzana contado por Jan Morris

De la galesa **Jan Morris** (1926) —periodista, historiadora, viajera— tuvimos no hace mucho la posibilidad

de comprobar hasta qué punto está dotada para agarrar un asunto por los cuernos y convertirlo en una crónica de quitar el hipo. Fue en **La coronación del Everest** (Gallo Nero), la narración en exclusiva y en tiempo real de la conquista del techo del mundo en 1953 por **Edmund Hillary** y **Tenzing Norgay**. Ahora se nos ofrece la oportunidad de saborear otro de sus textos. Retrocedan ocho años, bajen del techo a la capital del mundo y desembarcarán en Nueva York, en junio de 1945, apenas un mes después de que llegase a su fin la guerra en Europa. Descubran cómo era Manhattan en su apogeo, en ese momento de arranque de los Gloriosos Treinta en el que hormigueaba de vida, sonreía optimista y se dejaba surcar por las notas del jazz y las explosiones pictóricas de **Pollock**. Mientras tanto, nada menos que **Jan Morris** la observaba para contarla. Grande.

Mago de la paleta y padre del naturalismo danés

Dos novelas, siete relatos y un libro de poemas póstumo bastaron para situar al danés **Jens Peter Jacobsen** (1847-1885) en el libro de oro de las letras escandinavas. Si preguntan por ahí, les dirán que Jacobsen es el padre del naturalismo danés. Sin duda son ya credenciales sólidas para que los aficionados al rastro literario le presten atención. Máxime si se les resalta que, junto a **Ibsen** y **Strindberg**, compone el trío que inaugura la modernidad nórdica. Pero es que, como comprobarán quienes lean la primera página de **Mogens**, hay mucho más. Jacobsen, que compaginó la escritura con la investigación botánica, tiene una paleta expresiva de una sorprendente amplitud, que combina con un original movimiento de los ángulos desde los que la voz narradora se comunica con el lector. Y, además, su raíz realista deambula por senderos que lindan con mundos fantásticos apenas entrevistados ("Mogens") o descienden a las pozas de la superstición. A **Rilke**, el resultado le pareció sencillamente sobrecogedor y grandioso.



El arte de perder. Una vida en cartas

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

Madrid, Círculo de Tiza, 2016, 402 páginas, 23 euros

acaba de reescribir: "Yo te di un dibujo y tú cogiste una caja de tizas y lo coloreaste", recalca Fitzgerald. "Eras o has sido un buen escritor, pero este es un trabajo del que te avergonzarás antes de que se acabe".

Fitzgerald se decidió por la vida de cine porque suponía ingresos constantes y consecutivos. Su desilusión llegó pronto, cuando descubre que sólo "algunas escenas" suyas están en "Un yanqui en Oxford" o que el biopic de "Madame Curie" queda en nada en el último momento. Fitzgerald puso sus manos en "Lo que el viento se llevó". Y unos cuantos más. Fitzgerald contó sus decepciones inusitadas en **El último magnate**, la novela inacabada que **Elia Kazan** llevó al cine con **Robert de Niro** o **Robert Mitchum** en sus principales papeles.

La necesidad del dinero es constante en la vida de Fitzgerald: para criar a Scottie en la costa, para beber hasta perder la memoria... Y, al final, para pagar los estudios de la niña o las atenciones médicas de Zelda. "Tu vida ha sido una desilusión, al igual que la mía. Pero no hemos sudado en vano. Scottie tiene que sobrevivir y este es el año más importante de su vida", le cuenta a Zelda en 1939. Una de las últimas cartas de Fitzgerald —la del 15 de diciembre: falleció seis días después— causa congoja.

Le dice a su hija que le ha enviado un abrigo que su novia, Sheilah, "no se había puesto casi nunca". Le pide, por ello, que le escriba una carta de agradecimiento a la periodista y otra al propio Fitzgerald porque "sin duda [Sheilah] preguntará si te gustó".

La más acongojante de todas, sin embargo, es la que escribe Zelda a su marido en el verano de 1930. Zelda está internada en un hospital psiquiátrico aquejada de algo parecido a un trastorno bipolar. Le dice: "Estabas siempre borracho. No trabajabas y por la noche te arrastraban a casa los taxistas cuando te dignabas a volver. Me echabas la culpa por bailar todo el tiempo. ¿Y qué podía hacer yo? Te levantabas a la hora del almuerzo. No me tocabas y te quejabas de mi indiferencia. Estuviste borracho literalmente todo el verano". Es una respuesta a otro escrito que el novelista le había lanzado como una cuchillada: "Estabas enloqueciendo y lo llamabas genialidad. Yo me encaminaba a la ruina y lo llamaba lo primero que se me ocurría". El matrimonio que inventó y vivió los Felices Años Veinte se consumió como la recesión y, al final, descubrió que la vida triste había sido la que habían compartido ambos y que no había salvación. **El arte de perder** es un libro de una angustia que ensordece. La literatura no es arte: no hay camino de rosas, ni dulce lamentar de los pastores. Al final sólo está la muerte, la sumisión o un montón de ejemplares descatalogados en una feria de libros usados. Da igual que hayas creado a Jay Gatsby, Monroe Stahr o Amory Blaine. Lo sabía bien Fitzgerald cuando escribió el final de **El gran Gatsby**: "Mañana corraremos más aprisa, extenderemos los brazos más lejos... hasta que, una buena mañana... De esta manera seguimos avanzando con laboriosidad, barcos contra la corriente, en regresión sin pausa hacia el pasado".